

Las flores espaciales

Claudia Piqueres Gausí

Miro los restos de pintura en mis manos: azul, amarillo, morado, verde. Todavía está húmeda. Entrelazo los dedos y aprieto con fuerza; al separar las manos, me parece que tengo flores de colores en todas partes. Me gusta más este jardín que el que he pintado sobre el papel.

De repente, siento el temblor del techo, el temblor que precede a los golpes secos. Mi cuerpo da un respingo. Ahí está otra vez. No quiero perdérmelo. Salto de la silla y me acerco a la barandilla del balcón. Mis manos se aferran a los barrotes, plasmando allí mi jardín, y miro a través de ellos. Los golpes son fuertes y retumban, pero yo estoy bien sujetada, por si acaso. Sé que en cada escalón golpea con fuerza contra el suelo. Sé que, cuando pasa por delante de la puerta de mi piso, todo tiembla más. El sonido se aleja conforme baja las escaleras, hasta que el chirrido de la puerta del edificio al abrirse me indica que voy a verlo cruzar la calle. Estoy atenta y expectante. Todavía no he crecido lo suficiente para observarlo todo por encima de la barandilla, pero desde aquí abajo, tras los barrotes, sé que no puede verme y eso me da seguridad.

La puerta que se cierra, unos golpes más contra el suelo y, entonces, lo veo. Me quedo fascinada una vez más. Su cuerpo es diferente: tiene unos hierros brillantes que le van desde los pies hasta el cuello. Está hecho de carne y metal, y lleva un cinturón grueso que, imagino, tiene muchos botones. Es grande y parece muy fuerte; debe de pesar mucho por el ruido que hace al andar. Tampoco camina como el resto; sus movimientos son como los de un robot. Sí, yo creo que es un robot, pero quizás venga del espacio. Se me secan los ojos y me obligo a parpadear. Va despacio, nunca lo veo correr, pero quizás no corre, y vuela. Lo sigo con la mirada hasta que gira la esquina y desaparece ante mí. No sé qué hace cuando sale, pero creo que es muy rápido porque vuelve pronto y no puedo despistarme.

Me doy la vuelta, cruzo el balcón y entro corriendo a casa en busca de mi muñeco. Lo veo en el sofá, me estiro, lo alcanzo. Es mi *Buzz Lightyear*. Presiono el cinturón. Unas alas metálicas se despliegan en su espalda y un plástico transparente le cubre la cabeza a modo de casco. Presiono de nuevo: se esconden el casco y las alas. Aprieto otra vez: vuelven a aparecer. Cuanto más lo hago, más segura estoy de que mi vecino de arriba es como él. Puede que no exactamente, puede que sea una mezcla entre un hombre del espacio y un robot. Sonrío, y entonces me doy cuenta de que a mi *Buzz* también se le han pegado las flores azules, amarillas, moradas y verdes que tenían mis dedos. Le quedan bien. Lo observo embobada.

—Te he dicho mil veces que, cuando acabes de pintar, te laves las manos. Lo estás poniendo todo perdido —me sobresalta la voz de mi madre.

Antes de que me dé tiempo a reaccionar, ríos de colores caen de mis manos en el lavabo mientras mi madre me las frota con ímpetu. Me fastidia deshacerme del jardín de pintura y, sobre todo, perderme la vuelta a casa de mi vecino. No voy a poder escucharlo con el ruido del agua y mi madre regañándome.

—Me han llamado para una entrevista de trabajo, así que voy a tener que dejarte en casa de la vecina un momento. Es aquí al lado, no tardaré —me dice mientras me seca la cara, los brazos y las manos con más brusquedad de la que me gustaría.

No respondo. Nosotras estamos juntas, y nunca nos separamos. Sospecho que mi madre tiene un poco de miedo, porque me coge fuerte de la mano para cruzar el umbral de la puerta. Llamamos al timbre de la vecina, la que siempre lleva las gafas colgando de una cuerda al cuello para no perderlas, la que me da un trozo de chocolate a escondidas y la que un día se ofreció a quedarse conmigo mientras mi madre tiraba la basura.

—Habrá salido —dice mi madre, frunciendo el ceño, inquieta al ver que nadie abre la puerta.

—No importa, volvamos a casa. Ya saldrá otra cosa —comenta resignada.

—Puedo quedarme con los vecinos de arriba —sugiero con cautela y una chispa de ilusión.

Mi madre duda, pero hoy debe de estar muy agobiada. La mujer que vive con el vecino espacial nos recibe alegremente.

—¿Qué te parece si me ayudas a hacer unas magdalenas? —me pregunta, encantadora, mientras entramos en su casa.

Yo observo todo con emoción y un cierto susto en el cuerpo; seguro que ha llegado a casa y voy a encontrármelo allí dentro. Me mantengo al lado de la mujer y cruzamos el pasillo hasta adentrarnos en la cocina.

—Hola pequeña, ¿has venido a hacernos una visita? —me sorprende una voz grave a mis espaldas.

Me quedo impresionada al darme la vuelta. Está ahí. Es mucho más grande de lo que parecía. Ahora sí que creo que es como *Buzz* y viene del espacio. Estoy impactada; no quiero tener miedo, pero no soy capaz de responder. Sólo lo miro fijamente, de arriba abajo y de abajo arriba.

—¡Hey, no te asistes! —me dice en un tono dulce y con gesto preocupado en el rostro.

Quiero decirle que no estoy asustada, pero sigo inmóvil. Dirige sus manos al cinturón. Abro los ojos como platos. Y cuando creo que al presionarlo van a aparecer las alas y el casco, todos esos hierros se desmontan. La mujer le acerca unas muletas y lo ayuda a sentarse en la silla. Apenas puede andar, no se sostiene y parece frágil. Me he quedado boquiabierta.

—Esto solo me ayuda a caminar —explica, señalando la maraña de hierros con una sonrisa triste.

Sigo frente a él, callada, observando todo con incredulidad. No, no es un hombre del espacio, tampoco un robot. Está triste. Me quedo pensativa y recuerdo las flores de pintura sobre mi *Buzz*.

—¿Quieres que te pinte unas flores en las piernas? —le pregunto, acercándome a él.